

JAIME SANÍN ECHEVERRI¹ **MEDELLÍN: INICIO A UNA MODERNIDAD TRAUMÁTICA**

*Me dio Medellín el amor que
me ha acompañado fiel hasta
la vejez Jaime Sanín Echeverri²*

Augusto Escobar Mesa
Universidad de Antioquia
aescobarm49@hotmail.com

Si para Manuel Mejía Vallejo *Una mujer de cuatro en conducta* de Jaime Sanín Echeverri es el primer intento serio de novelar la ciudad³, para Abel Naranjo Villegas es una novela de envergadura⁴ que tuvo una amplia recepción en el país⁵. Mientras Javier Arango Ferrer la considera la novela de Medellín por excelencia y una de las más importantes de su género que con un mínimo de materia narrada logra el máximo de expresión⁶, Otto Morales Benítez la reconoce como una obra valiosa porque muestra de cerca las pasiones, sentimientos, luchas y agonías que atenazan la vida de los hombres de provincia, los trasciende para dejar entrever lo que ellos tienen de universal⁷.

En una carta de respuesta a los comentarios hechos por Baldomero Sanín Cano a la novela, Sanín Echeverri afirma en un aparte: “todo ha sido escrito de buena fe, y que, aunque produzca escándalo, forman paralelos con la realidad cada uno de los lingotes que allí se estampan... esto se predica de una sociedad reputada de cristiana... absorbida por el capitalismo... en la que la justicia no es una virtud a la moda”⁸. Así, el escritor pone el acento en algunos de los aspectos más relevantes de la novela, los mismos que se enfatizan aquí. Por eso se dejan de lado, a pesar de su importancia, aquellos temas que tienen que ver con lo estrictamente literario⁹. Por ser la novela de Sanín una historia narrada de personajes que viven y se desviven en Medellín y con la cual pueden reconstruirse formas de vida y de pensar la ciudad y la sociedad en el segundo cuarto de esta centuria, en este capítulo se intenta penetrar en el alma y en los mil rostros de una urbe que inicia su vida a una modernidad que acepta y la desarraiga. Pocas novelas¹⁰ logran mostrar de manera tan incisiva, irónica y crítica el desarrollo de una ciudad que a su paso va dejando un reguero de seres abandonados a su propio destino y huérfanos de identidad. En la novela se percibe lo que, en sus vicios y virtudes, será la Medellín de décadas posteriores, y aun la del presente.

El texto se inicia con la despedida del año viejo de 1930 en Santa Helena, vereda

campesina de Medellín. Allí, varias familias amigas de clase media celebran las fiestas de fin de año sin el “volumen y la solemnidad” de años anteriores. Una atmósfera cambiante y disolutiva aparece en el ánimo de cada uno de los asistentes y en el ambiente de aquel “trágico” año viejo¹¹. Ese encuentro, en el cual se reniega y cuestiona todo porque ya nada es igual, y el inicio de la vida de Helena –la protagonista– en la ciudad, obligada por la miseria y el abandono institucional del campo, son el signo de tiempos aciagos –según el narrador, y a la vez protagonista– que deben padecer los individuos y la sociedad por la imperativa urgencia del cambio y por haber abandonado las formas de vida del pasado.

En medio de esta realidad aparece Helena Restrepo, una ingenua campesina cuya familia se ha desmembrado por razones de apremio económico y que vive sola con su padre en una mísera parcela cultivando flores que nadie quiere comprar. Ella abandona el campo que tanto ama por los mismos motivos que su familia: para ir a trabajar como empleada de servicio doméstico en casa de sus patrones. Este viaje, desde la bucólica vereda de Santa Helena a la ciudad hostil, es el camino de descenso al infierno en aquel crítico año de 1931. Su vida de sirvienta, las actitudes conservadoras de la clase emergente y las críticas de la nueva clase capitalista, el desarrollo de la clase obrera, las secuelas de la descomposición social producto del naciente capitalismo, los cambios de hábitos de la clase media, derivados todos de la crisis mundial de 1929, que veladamente se sugiere al inicio de la novela con la celebración deslucida, se vuelven recurrentes en el texto. Estos motivos, y otros afines, permiten indicar el carácter realista y testimonial de la novela, sin que se reduzca a esto, de una época en la que confluyen:

Primero, dos formas de vida en el tiempo: el pasado, que se quiere dejar atrás con sus viejas costumbres provenientes de la vida campesina de antes; y el presente, con el que se pretende, para ser contemporáneo de todos los hombres, imitar las modas y costumbres traídas de fuera que dejan un sabor amargo y un desarraigo en el espíritu de esa sociedad.

Segundo, dos modos de producción y de relaciones sociales: la precapitalista, propia de una economía insubsistente, artesanal, como la de la familia de Helena y la de los campesinos de Santa Helena, en la cual predominan relaciones paternalistas que sujetan a los individuos a una tradición y al orden de valores de los patrones, siempre inalterable y que impiden todo progreso; y el modo de producción capitalista que se observa en el funcionamiento de grandes fábricas, en el desarrollo urbanístico y en las nuevas formas de consumo. Esa modalidad de progreso muestra, de un lado, el desarrollo tímido de la industria antioqueña, supeditada aún a ciertos cánones de la

moral católica y a los vaivenes de políticas económicas gubernamentales atrasadas y proteccionistas y, de otro, paradójicamente, se ponen en evidencia todos los vicios del capitalismo salvaje: concentración de riquezas, avaricia sin límites, afán de lucro y lujo desmesurado, falta de escrúpulo ético y moral.

Tercero, dos maneras de percibir el mundo: la idealizada de una época tranquila – aunque con muchas limitaciones económicas por la falta de progreso y desarrollo tecnológico–, de unidad familiar y religiosa –ejes de ese tiempo y factores de control social–, de convivencia con el medio natural, de bucólica ensoñación de tiempos idos o a punto de desaparecer definitivamente; y la realista, de una sociedad en proceso de difícil acomodamiento a las nuevas circunstancias históricas y socioeconómicas que muestra un orden de valores antagónicos al período precedente. Es la mirada descarnada de una sociedad anómica a trancos en busca de un destino que se manifiesta cada vez más incierto. Es el equívoco de aceptar un progreso del cual se ignora su finalidad.

En la historia narrada, Helena es a Medellín lo que al protagonista es el campo: seres ajenos y agonistas que añoran un espacio que ya no les pertenece por la condición de desarraigo en que viven y por no haberse adaptado a sus códigos y pautas de conducta, sobre todo en relación con la ciudad. Para Helena, Medellín será siempre un espejismo tras el cual corre y al cabo lo que encuentra es una suerte de muerte en vida; igual de efímero es *su* Rodrigo, utópico amor, quien siempre, ajeno a ella y a la ciudad, busca refugio –bajo la presión inocultable de su madre y de la tradición antioqueña de antes– en la vida religiosa. El protagonista es otro ser idealista que en su intelectualidad nunca logra aprehender el sentido de la realidad desfigurada del presente. Sueña con una mujer, la Helena del campo y del pasado, que abandonó todo por las urgencias del presente y con una ciudad inexistente porque la del presente, Medellín, es hostil al arte, a la cultura y, en consecuencia, al hombre. Equívoco, inestable, paradójico en su acción y decisión, es firme crítico de su sociedad por clasista, elitista y discriminativa.

El síndrome 1930 es tal en la novela que en los hechos del presente difícilmente puede reconocerse el pasado; sin embargo, éste permanece como un vestigio que, paradójicamente, sigue afectando todo: “Esta es la época, 1931, en que los paisajes deben atravesar la novela con la velocidad de un automóvil en la carretera. Mañana será en Colombia el avión. Pasado mañana será el transporte-cohete, en que el paisaje aparezca ante el pasajero tan rápido que la pupila no sea capaz de captarlo” (p. 30).

La crisis abre una brecha imposible de cerrar. Ya nadie quiere reconocerse en el

pasado inmediato porque el presente, y más aún el futuro, son inciertos. El nuevo tiempo es de vértigo, el cual impide su adecuada asimilación, de ahí la confluencia de situaciones y estados, incluso contradictorios, unidos en una madeja difícil de separar: se pasa de una vida campesina, carente de todo, a la aparente prodigalidad de una sociedad urbana que abre sus puertas a la vida moderna. Nuevos hábitos identifican a la nueva clase social, la pequeña burguesía, que para su ocio y conocimiento nada quiere saber de su país de origen, viaja al exterior y se contagia de todo lo foráneo, único digno de valor; se sumerge en ese ambiente para luego, desadaptada, vivir de nostalgias que nunca serán suyas; critica acerbamente una cultura y una sociedad que nada o poco hace por cambiar.

Hasta el diseño urbanístico lleva el afán arribista de los recién llegados. Las casas solariegas llenas de luz y aire, propias del trópico, son ahora reductos e imágenes de un pasado claudicado que hay que borrar a toda costa. La novedad del presente demanda cambios en los espacios según nuevos estándares y tendencias de modas extranjeras. Interesa el barrio, la casa, los interiores, a la manera inglesa, suiza, norteamericana, lo que lleva inevitablemente a una “Babel en la arquitectura” (p. 59) y, por ende, en la perspectiva del narrador, a la pérdida progresiva de la identidad cultural. Los nuevos capitales y afanes de consumo, la nueva tendencia histórica y política –la liberal–, demandan un cambio de mentalidad la cual implica, para muchos, arrasar con cualquier huella del pasado, rezago colonial y representación de la hegemonía y el oscurantismo conservador. Pero la renovación, para el narrador, no conduce sino a una actitud reformista de la nueva clase, emergente, vanidosa, esnobista y de mal gusto que en su afán de parecerse al extranjero termina por no parecerse a nadie, sino a sí misma: híbrido cultural que fue y nunca más ha dejado de serlo.

En estas condiciones, los cambios materiales no corresponden de igual manera con los de la conciencia individual y social. La paradoja y la ambigüedad se instalan en ellas, impidiendo la aceptación inmediata de las nuevas realidades, lo que genera su distorsión y un clima de conflicto que para el narrador (observador omnipresente) y el protagonista (vivenciador), es el efecto de la crisis socioeconómica e institucional, dicho explícitamente, y de la incertidumbre ante la nueva opción política, la liberal, sugerida entre líneas.

Urge el cambio, pero éste apenas si se logra. Se progresa, pero inmediatamente se aplican correctivos, se actúa protectora y recelosamente. Insta una nueva mentalidad, pero la moral católica tradicional ejerce el control moral e ideológico, impide la libertad de acción y se opone al progreso. Acción y reacción confluyen para generar,

paradójicamente, cierto inmovilismo y neutralizar posibles cambios, pero ese estatismo lleva al rechazo, casi siempre marginal, de los intelectuales, de Helena, de las muchachas del servicio contestatarias de su situación y de Matilde la pordiosera, personajes que ponen en cuestión las estructuras de dominación social y el statu quo, el cual muestra las fisuras por donde se avisa, incierta, la nueva sociedad y su nueva axiología.

Pero es Helena como personaje y como idea la que vertebra el texto y espejea los sentidos que dimensionará esta novela, en apariencia simple. Como la Helena de Homero, que por su belleza es generadora involuntaria de conflictos, la Helena Restrepo de la novela es el objeto de las miradas encontradas y celosas del protagonista y de las ingenuas de Rodrigo Alfaro. Guardando las proporciones, Susana de Alfaro es una especie de Paris homérico, en la mera sustracción de un medio, que arrebató a la joven de su espacio natural; y William es el extraño violador de su virginidad que hará de ella un ser desarraigado para siempre, una autoexiliada de sí, de su medio natural, sin regreso posible, y de la sociedad en la que se encuentra y nunca la aceptará. Como la Helena griega, aunque nadie directamente la condene ni la haga responsable de su mísera existencia, Helena Restrepo se culpabiliza, maldice su trágico destino como si hubiera algo más originario, ese sentimiento de exclusión histórico y cultural de la mujer que bien pone en evidencia el grupo de mujeres de humilde condición que cuestiona la masculina sociedad de clase por la discriminación que se ejerce contra ella:

el cristianismo levantó el nivel de la mujer, debe entenderse que fue el de las buenas, pero rebajó el nivel de la mayoría. Las que antes éramos mujeres legítimas de un solo marido, ahora somos las barraganas de él. Ni nos tiene que alimentar –las que hablan son mujeres que buscan empleo como sirvientas–, ni vestir, ni darnos techo. Todo esto es para las ricas. A las pobres, que nos coman los chinchas...Vea lo que es la ignorancia. No saber que en la antigüedad la mujer, por el solo hecho de ser mujer, era esclava... Pero déjate de ser tan letrada, y decir que las garantías de la mujer son las mismas del hombre. O si no di: ¿hay un solo hombre que se case doncello? ¿Y hay una sola mujer que sin ser doncella se case? ¿Son muchos los maridos fieles? ¿Y las mujeres infieles tienen la misma suerte de los otros?. Esas son bobadas. Desde que nacimos mujeres estamos jodidas. Escriben y escriben, y mientras más escriben más nos jodemos (p. 120-121).

La Helena que el protagonista añora al comienzo, representa la imagen de un pasado feliz por lo elemental y arcádico; es la expresión de la época cuasimonástica que

precede a la crisis; es la nostalgia de 46 años de hegemonía conservadora que ahora se ve rota por la aparición de un nuevo tiempo y una nueva realidad; es la imagen de un presente: reducto del pasado y añoranza de un futuro incierto; es, como el mismo protagonista lo dice, “la mujer al alcance de la crisis, estilo 1931” (p. 36); es el punto de encuentro de dos realidades que se escinden para ya no volver a su unidad esencial. Al abandonar el campo, Helena entra a una ciudad que, presta a seducir a los que vienen de afuera, centellea coqueta con sus luces titilantes por su estado de acomodamiento.

El viaje de la joven a la ciudad es como las aguas de la quebrada Santa Helena: no tendrán oportunidad de retorno luego de salir de su cauce. Las aguas cristalinas, a las que tanto se alude en la obra, y que sirven de espejo a la joven Helena, no le devolverán la imagen originaria. No se bañará dos veces en la misma quebrada, diría Heráclito, por ese devenir ineludible de lo que será su vida más allá de las fronteras del campo; además porque al despeñarse desde lo alto de la montaña, la quebrada, en su vertiginosa corriente arrastrará, atravesando la ciudad, “cada día mayor cantidad de excrementos humanos” (p. 210): “la preciosa campesinita de Helena acabaría por ser de Rodrigo, y ... la ciudad daría en breve cuenta de su inocencia, del mismo modo que las aguas limpias de la quebrada de Santa Helena se tornan inmundas desde que llegan a Medellín, y más inmundas cuanto más penetran en la ciudad” (p. 44).

El narrador–protagonista debe admitir una doble pérdida que remite a momentos históricos importantes:

Primero, la pérdida irremediable de la joven luego del viaje a la capital, lugar del burgo (de la mediana comodidad, de riquezas y supuestas seguridades) y de la burguesía (ostentosa, ambiciosa, esnobista, deseosa de lujos y privilegios). Con ella se pierde el tiempo del pueblo (de la tradición, del aislamiento, del conservadurismo, del pasado señorial, de la religión tradicional). Todo esto queda atrás, pero en el fondo hay una cierta nostalgia por ese tiempo ido: la paz, el transcurrir tranquilo y sin sobresaltos y un orden de valores tradicionales consolidados.

Segundo, la pérdida de una supuesta estabilidad moral, social y económica. El presente resulta incierto en la realidad y en la imaginación. La aspiración de los patronos de Helena de convertirla en cocinera de una familia rica, se vuelve imposible. Escasamente pueden sostenerla por la escasez de todo: “dar trabajo era la necesidad del país, y pagar salarios, por bajos que fuesen, era una aventura aún” (p. 68–69). Hay que hacerse a la idea que la época de bonanza de los años veinte se esfuma al igual que las aspiraciones de progreso de Helena. A ésta sólo se le augura

miseria, igualmente a la economía del país; se paraliza el auge reformador en las construcciones, muchas empresas quiebran hasta llevar a los acreedores a entregar “las argollas de matrimonio”¹². Es la época en la que no se habla sino “de crisis y política a desayuno, almuerzo y comida. Y crisis triunfante y punzadora, como si no tuviera enemigos” (p. 41).

El desarrollo industrial iniciado en la década del veinte trae como consecuencia la aparición de nuevos sectores de clase: una burguesía terrateniente y otra industrial, la clase obrera que es la que padece directamente todas las crisis y un sector exclusivo de la clase media que se lucra de las demás por efecto del manejo de la economía y la sociedad de los dos primeros sectores. Es por la actividad de esta clase que en la novela puede observarse el cambio de valores en la sociedad antioqueña y colombiana y el estado de descomposición social creciente.

El aislamiento conservador que mantiene por décadas al pueblo colombiano encerrado mirándose a sí mismo y bajo el santo temor de los pantocrátor de las hornacinas, viviendo al vaivén del balido de los animales y de una educación monástica marginada de lo que sucede en el resto del mundo, sometido a la supuesta virtud de las costumbres y al tañido de las campanas, comienza a resquebrajarse con el desarrollo del capitalismo agrario exportador (haciendas cafeteras y ganaderas), penetración del capital extranjero (época de “La danza de los millones”), despegue de la industria textil y de la consecuente implantación de una infraestructura necesaria (carreteras, puertos, ferrocarriles). Acompaña a este desarrollo socioeconómico una apertura de las fronteras físicas, mentales y culturales: Medellín comienza a recibir “muchos forasteros”, algunos de los cuales van a renovar las construcciones públicas y privadas; otros, oriundos de Antioquia, “viajan con frecuencia por tierras lejanas recogiendo lo peor de todas ellas para traerlo a la suya” (p. 18).

Hasta el tratamiento personal se ve afectado con esa apertura al exterior, como lo registra el protagonista cuando dice que con esos cambios llegó a “Medellín el uso del tu, que antes de 1925 era [signo] de amancebamiento” (p. 18). Esta fecha es triplemente significativa: primero, porque es el comienzo del fin del gobierno hegemónico y de la moral cerril conservadora; segundo, porque es el inicio de la modernización socioeconómica con la penetración de capitales extranjeros, de la crisis mundial y de la aparición de nuevas formas de vida como consecuencia de aquellas; tercero, porque remite a la edad de la razón del escritor. Hijo de ese tiempo, se inicia con los ojos abiertos a una nueva vida plena de ignotas experiencias que marcarán de manera definitiva la entrada del país y del hombre colombiano al siglo XX y a la modernidad. Veamos brevemente cada uno de estos momentos:

Primero: la década del veinte marca el inicio del cambio de mentalidad política de una sociedad (tendencias *laissez-faire*, socialistas, liberales), económica (capitalismo), social (sindicalismo), sociocultural (modernidad) y, levemente, estética (una nueva forma de novelar según los nuevos tiempos). Aunque el narrador atribuye al campesino Marco Antonio, en su supuesta ignorancia, la idea de que el uso del tú es “una de las tantas innovaciones revolucionarias [que] los liberales querían imponer” (p. 18), y que él como hombre urbano y de su tiempo utiliza comúnmente, es el reconocimiento implícito de la irreversibilidad de los cambios que se están operando en el mundo y, particularmente, en la microrealidad espacio-temporal de la región antioqueña. Es la aceptación del camino al liberalismo, a la modernidad y al librepensamiento (el narrador es un intelectual que desea la libertad, la equidad, la fraternidad en todos los órdenes y se pronuncia por su instauración). Lo que el narrador pone en boca de Marco Antonio como una crítica y preanuncio, es lo que desea para la nueva sociedad: contemporaneidad con todos los hombres material y espiritualmente.

Segundo: 1925 indica el inicio del segundo cuarto de siglo, quizá el más importante, porque es la base de la modernización del Estado colombiano y de lo que será la nueva sociedad. Por eso se exige un nuevo individuo, pequeño burgués, que requiere formación académica más cualificada, mejor si es fuera del país, nuevos hábitos de vida que riñen con los del momento, nuevas modas y hábitos alimenticios, nuevo tipo de vivienda y de diseño arquitectónico y nuevas formas de relación personal. El narrador lamenta estos cambios por lo que van a significar en cuanto a la pérdida de identidad cultural; no son cambios a nivel de la conciencia, sino aparienciales, mediados por el arribismo social y el consumismo a la manera de los norteamericanos. La siguiente cita, a manera de comparación, ilustra claramente su postura crítica con respecto a ese grupo social:

‘La quebrada arriba’ fue el orgullo de Medellín, y lo más digno de verse en cuanto a barrios residenciales hasta muy entrado el siglo. Espaciosas casa-cuintas de jardines umbríos y tupidas enredaderas dábanle un sabor españolísimo en cuanto a la arquitectura, pero incomparablemente tropical en cuanto a la flora abundosa. Más tarde, en la inflación de Ospina, construyóse al norte de Medellín el barrio de El Prado, petulante y lleno de snobismo. Era el nuevo rico que venía a introducir inadecuados estilos ingleses, suizos, nórdicos, en una ciudad española y tropical. Hacían furor los tejados de gran pendiente, hechos en otros climas para que ruede la nieve. A mí me había tocado construir varios de estos tontos edificios, que

eran la vanidad de los ricos. Les había ganado unos pesos con ello, pero en mi interior maldecía su mal gusto y su pedantería... Se construyeron casas como para no tener hijos. Y pasó de moda la ventana arrodillada, única creación de nuestra arquitectura. Y estas casonas de claustro, y estas extensas casa–quintas, fueron relegadas a la condición de casas viejas, que era cosa tan despreciable en 1932, como el hierro viejo, como el scrap... No eran casas. Eran lotes para edificar. Llegué hasta bendecir la crisis que, paralizando las construcciones, había detenido la pica demoledora del mal gusto. ¡Pobres de los ricos! ¡Sus casas construidas a la moda pronto serían las legítimas casas viejas e inservibles! (p. 58).

Pero retomemos la trayectoria de Helena, que es a su vez la de las transformaciones de la sociedad colombiana de los años veinte al cincuenta. Coincide con el comienzo de solución de la crisis el ingreso de Helena a su primer trabajo como obrera en la fábrica de tejidos (Coltejer), luego de haber rotado por diversas casas de familia sin éxito alguno y huido de la Escuela Tutelar donde la hacen sentir en “un abismo de miseria y abyección” personal (p. 66). El tiempo de ahora es distinto y las fábricas se convierten, de alguna manera, en los remediadores –carácter mesiánico– de los problemas sociales ante la ausencia e incapacidad del Estado. Para Helena, como para tantas campesinas como ella, la fábrica le atrae con sus sirenas “como a los navegantes de antaño le atraían las sirenas de curvas incitantes a los escollos de Caprea” (p. 68).

La vida de Helena sirve a veces de pretexto al narrador para registrar los vaivenes de una sociedad, la antioqueña, que demanda todo esfuerzo para consolidar su presencia de pionera del progreso del país, pero también todas las dificultades que encuentra en su camino de despegue al siglo XX. La industria textil, la de más alto desarrollo en la región, se ve seriamente afectada por la recesión económica debido a la crisis, la cual se observa en el descenso de la producción, en la refundición y disminución de empleos, en las jornadas extenuantes de trabajo, en la utilización de mano de obra barata de miles campesinos, sobre todo de mujeres, venidos del campo debido a la miseria. Este es el tiempo en el que Helena no logra emplearse y padece el más cruel estado de marginamiento. Así como nadie quiere saber de ella por una situación de la cual no es directamente responsable, así se ve la sociedad del momento: nadie sabe cómo enfrentar una crisis que no generó. Es el estado de desconcierto total y de pauperización social que se vive en el instante. El siguiente diálogo entre Helena y doña Leocadia muestra tal estado de cosas:

–Doña Susana me pagaba diez pesos. Yo creo que usted, tan rica, no sea

exagerado pedirle doce.

—¿Doce pesos? ¡Y la comida! ¿Y el trapito que sobra? ¿Y la ayudita? ¡Ni riesgo! ¿No sabe usted que estamos en crisis? No me da pena pagar menos que Susana. Ya se ve que por algo tiene que salir de usted. Le pago siete pesos. Diga si le conviene así, o si no rebúsqese. No hay en Medellín, hoy en día, quien le pague más. Eso era hace dos años, cuando la plata no valía nada. No digo doce. Pagábamos hasta veinte y veinticinco... Así despilfarramos el dinero, y por eso estamos en lo que estamos (p. 53).

Pero la situación económica del país comienza a cambiar “a base de trabajo”. Por fin Helena encuentra empleo, y con ello su independencia después de años de esclavo servicio en casa de ricos y pequeños burgueses que nunca se sentían satisfechos luego de someterla a 16 horas continuas de ocupación. Ahora recibe cincuenta centavos diarios de salario y aunque representa un tercio del que reciben los obreros, es mucho más de lo que ganaba cocinando y con el doble de ventajas. Pero esta estabilidad le dura poco al ser despedida por su embarazo, pero sobre todo, debido al acoso sexual de su jefe y los celos de sus compañeras, defensoras acérrimas de la moral católica y de los intereses de la empresa. De nuevo se inicia para la joven un peregrinar de puerta en puerta solicitando un empleo que nadie quiere darle. La mendicidad es la única alternativa cuando la sociedad repudia a aquellos que, venidos a menos, un día creen que ella puede remediar sus males. Los mendigos que los ricos tanto desprecian son, como el mismo narrador sostiene, la cuenta de cobro por el estado de desigualdad propiciado por aquellos que se precian de cristianos. Los unos son gestores de los otros, gracias a los cuales, aquéllos viven con usufructo de éstos:

Dondequiera que haya ricos habrá mendigos porque la riqueza del mundo está bien calculada por Dios, y así donde a algunos les sobra, fatalmente a otros les falta. Así lo único que existe para remediar la miseria es dar lo superfluo... Jugamos aquí cacho. Allá jugamos en el hipódromo. Allí en la lotería. No sabemos qué hacer con lo que nos sobra” (p. 113).

Cuando “la crisis estaba conjurada” (p. 119), Helena abandona la mendicidad porque en Medellín había escasez de brazos y “cualquier persona que no fuera inválida hallaría qué hacer”; pero no ella, que estaba ya estigmatizada socialmente. Otro es su destino social: la prostitución, con la cual se venga, inconscientemente, de su reclusión definitiva en la marginalidad. En la época de crisis, ella “no podía entender a Medellín. Lo odiaba como lo odian todos los que no lo conocen, los que no saben vivir su vida, agitada pero amable”(p. 160). Es el reconocimiento de un espacio que aunque seductor, le es completamente extraño y hostil. Pero ahora todo ha cambiado, por eso afirma que:

cada uno habla de la feria como le va en ella. Cuando yo no hacía otra cosa que mendigar un empleo de puerta en puerta, sin que nadie me diera nada, renegaba de la ciudad. Así le pasaba a usted [al protagonista] en ese tiempo: estábamos en la crisis y rajábamos de la ciudad, porque estábamos muy pobres. Ahora le va bien a usted con su profesión. Y yo no me puedo quejar. Veo que la plata está aquí a rodo, y la gente la gasta a manos llenas. Por eso hablamos bien de la ciudad” (p. 161).

En la novela se muestra el paso de una sociedad precapitalista a una capitalista no asimilada que va dejando a su vera heridas difíciles de cicatrizar, las mismas que en el futuro pondrán en evidencia los vacíos estructurales de la sociedad colombiana. La marginalidad del pasado que no es remediada con soluciones efectivas, cambia de rostro, pero sigue siendo igual, anómica y fisuradora del orden social. A Helena, pobre y cocinera ayer, y hoy rica y prostituta, la sociedad la sigue viendo como un ser ajeno a ella, marginal, que debe tolerar, para que usufructuándola (como prostituta) una minoría pueda “salvarse” la mayoría: “era la ciudad de Medellín, con tantos habitantes, la que no tenía un sitio para ella” (p. 200), la que “rechaza a las mujeres caídas” (p. 165).

La crisis es ahora una sombra para Helena y para la ciudad. El progreso se observa por todas partes, Helena ha aceptado la ciudad y se ha insertado en ella; sin embargo la crisis sigue en el alma del personaje y penetra todos los intersticios de la sociedad. Se ha avanzado a otra etapa, pero no se han superado las contradicciones de la etapa anterior, por eso siguen vigentes, aunque encubiertas.

A manera de compendio, el recorrido de Helena desde los tiempos de pobreza en el campo (años veinte), de cocinera, obrera y mendiga en la ciudad (años treinta), hasta la época de solvencia como jefe de salonerías en un bar público (mediados de los años treinta) y de prostituta famosa (años cuarenta), guarda su afinidad con el proceso social e histórico vivido en Colombia en las primeras cuatro décadas del siglo XX. Las tres primeras, bajo la hegemonía conservadora, fue de desarrollo lento y vida señorial; la cuarta, de gobierno liberal, fue de acelerado desarrollo socioeconómico, pero también de *revoluciones frustradas* porque el país político, religioso y terrateniente no estaba preparado y no aceptaba el cambio que era necesario para modernizar la sociedad y el Estado, como ha ocurrido casi siempre.

A través de la protagonista y de la ciudad de Medellín, paralelamente, se pueden observar los cambios producidos históricamente y mentalmente y sus efectos en la sociedad

en el segundo cuarto de este siglo:

Primero, Helena es un ser mediado por los conflictos. Ella es el signo de los nuevos tiempos. No dejará su condición de ser marginal ni la sociedad le perdonará el haber abandonado la vida del campo para instalarse en una ciudad en la cual nunca se reconocerá ni la admitirá como parte suya: “yo seguiré siendo para todo Medellín la Nena o Doris de la Fontaine. Despreciada por todas las mujeres y amada por todos los hombres” (p. 193). La sociedad que la explota económicamente es la misma que le niega el derecho al trabajo, la viola y arroja luego al cieno, se apropia de su cuerpo y después la abandona a la peor suerte al calumniarla y acusarla de homicida por la muerte de un suicida al que ayudó a enriquecerse.

Segundo, el progreso trae consigo, según el narrador, los signos de su decadencia, observados en: la “maldita economía del oro” que lleva a la crisis, a la especulación y a la ruina (p. 29); el acaparamiento, el agiotismo en los préstamos y la usura que empobrecen al pueblo; la delincuencia de cuello blanco; la discriminación a todo nivel: étnica, sexual, en las costumbres, en los apellidos, en las relaciones sociales, en el tratamiento personal, en las congregaciones piadosas, en las modas, en la alimentación, en los barrios, en los cementerios, en los trenes, en los teatros; en las inversiones que producen altos dividendos como la feria de ganados, la bolsa de valores, los bienes raíces, el testaferrato, los inquilinatos, la prostitución, el proxenetismo. Leyes que sólo sirven para aplicarse a los pobres y “encubrir los actos cobardes y sanguinarios de los grandes” (p. 187); el desarrollo urbanístico no planificado y esnobista que genera una “babel en la arquitectura”; el individualismo sobre el cual se edifica la “ciudad moderna” (p. 59): la indiferencia e insolidaridad, la masificación, el anonimato y la pérdida del humor; la hostilidad al arte y al libre pensamiento.

En fin, Medellín es la capital de un sector de la sociedad fijado en sus propios intereses y ausente de la dramática realidad en la cual vive la mayoría. Es, según la lapidaria frase del narrador–protagonista al final de la novela: la “ciudad del lucro y del lujo, del pecado y de la hipocresía, de la riqueza y la ignorancia, del mérito sin estímulo y de la injusticia social” (p. 199). Ciudad equívoca, repugnante, pagana, babélica, deicida, que no deja descubrir su alma. Lugar de los espejismos que tantas veces, sonriente, había mostrado a los dos protagonistas la riqueza, los había elevado casi hasta ella, por el solo placer de soltarlos luego y ver cómo se estrellaban “contra su cemento indiferente” (p. 24).

Una mujer de cuatro en conducta es la primera novela que penetra de manera tan

incisiva y lacerante en el corazón abierto de la ciudad. También, la primera que pone al descubierto un estado de progresiva descomposición moral y social; efectos palpables en la sociedad del presente.

Bibliografía

Arango Ferrer, Javier. “Una mujer de cuatro en conducta”. *El Tiempo; Lecturas Dominicales*. Feb. 20/49, p. 9A.

Arango Ferrer, Javier. *Horas de literatura colombiana*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978. p. 120–121.

Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975. p. 212.

Herrera Soto, Roberto. “Una mujer de cuatro en conducta”. *Revista de las Indias*. Bogotá, 35(111): 462–463, oct.–dic./49.

Mejía Vallejo, Manuel. “La novela de Jaime Sanín Echeverri”. *El Colombiano*. Nov. 26/48, p. 3, 4.

Morales Benítez, Otto. “La novela en Antioquia. ‘Una mujer de cuatro en conducta’”. *El Tiempo; Lecturas Dominicales*. Mar. 12/50, p. 3.

Naranjo Villegas, Abel. “Carta a Jaime Sanín Echeverri”. *El Colombiano*. En. 4/49, p. 3, 10.

Ospina, Uriel. *Sesenta minutos de novela colombiana*. Bogotá: Banco de la República, s. f. p. 131–132.

Rincón, Ovidio. “Jaime Sanín Echeverri”. *El Colombiano*. Sep. 9/48, p. 5.

NOTAS

¹ Prólogo al libro de Jaime Sanín Echeverri, Jaime. *Una mujer de cuatro en conducta*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1995.

² Jaime Sanín Echeverri, Rionegro, 1922. Novelista, ensayista, abogado, periodista, exrector de la

Universidad de Antioquia, director de la revista Arco desde 1972 hasta 1986. Ha publicado: *Una mujer de cuatro en conducta* (novela, 1948), *Palabras de un viejo colega* (ensayo, 1949), *¿Quién dijo miedo?* (novela, 1960), *Acercamiento a la Universidad* (ensayo, 1971), *Emilio Robledo* (ensayo, 1974), *Ospina supo esperar* (ensayo, 1978), *El obispo Builes* (ensayo, 1990), *Crónicas sobre Medellín* (1992).

³ Mejía Vallejo, Manuel. “La novela de Jaime Sanín Echeverri”. *El Colombiano*. (nov.26/48): 3, 4.

⁴ Naranjo Villegas, Abel. “Carta a Jaime Sanín Echeverri”. *El Colombiano*. (en.4/49): 3, 10.

⁵ La primera edición publicada en 1948 fue de mil ejemplares, la segunda en 1949, de cinco mil y la tercera en 1960, de diez mil; luego aparecieron tres más editadas por Bedout.

⁶ Arango Ferrer, Javier. “Una mujer de cuatro en conducta”. *El Tiempo; Lecturas Dominicales*. (feb. 20/49): 9A.

⁷ Morales Benítez, Otto. “La novela en Antioquia. ‘Una mujer de cuatro en conducta’”. *El Tiempo; Lecturas Dominicales*. (mar.12/50): 3.

⁸ Sanín Echeverri, Jaime. “Carta a Baldomero Sanín Cano”. *El Colombiano*. (en.6/49):5.

⁹ Ambos aspectos, el literario y social, se están estudiando con miras a una investigación de mayor cobertura sobre la novela y otras obras de Jaime Sanín Echeverri.

¹⁰ la primera y la mejor sobre el Medellín de su tiempo, en la opinión unánime de los críticos.

¹¹ Todas las citas son tomadas de la tercera edición. *Una mujer de cuatro en conducta*. Lima: Panamericana, 1960. p. 8.

¹² Referente de las donaciones hechas por el pueblo colombiano durante la guerra con el Perú en 1932.